

FACTORES ECONOMICOS Y SOCIALES QUE AFECTAN  
LA SOBERANIA DE NUESTROS PUEBLOS

Alonso Aguilar M.

Con frecuencia se declara que los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos son inviolables por naturaleza; son principios consagrados por la Ley y por la historia, que nadie debe impugnar y menos todavía transgredir. Y si bien las Constituciones internas y el derecho internacional los establecen como algo que todos debieran respetar, abundan los casos en que se lesionan y aun violan flagrantemente sin que al parecer puedan impedirlo los ofendidos. Todos los pueblos tienen derecho a la libre autodeterminación, al respeto a su soberanía, a su soberanía, a su integridad territorial y a su independencia. Ello es tan obvio que los preceptos en que tales derechos se consagran suelen repetirse más que normas jurídicas, como dogmas que no están siquiera a discusión. Y sin embargo, a menudo se producen situaciones que no sólo exhiben el profundo divorcio de la Ley y la realidad sino que incluso dejan ver que aun las más graves violaciones no son casuales, no son meros actos antijurídicos aislados que impidan a los pueblos reivindicar lo que es suyo. Son más bien hechos que expresan contradicciones profundas, y que de no ubicarse correctamente no pueden combatirse con éxito ni, por tanto, resolverse o superarse. Descubrir y situar con precisión tales hechos y contradicciones no es fácil porque no son invariables sino cambiantes y complejas, porque no siempre se expresan en agresiones abiertas, porque adoptan múltiples y a veces sutiles formas que suelen pasar inadvertidas y porque incluso se os

tentan a menudo como condiciones del progreso y como mecanismos de cooperación que nadie debiera rechazar. Por todo ello es importante que en un encuentro como éste en defensa de la soberanía de nuestros pueblos, en vez de limitarnos a reclamar nuestro derecho a ejercerla sin cortapisas, sus organizadores nos hayan propuesto empezar examinando los factores históricos que afectan el ejercicio de la soberanía.

La vida contemporánea de nuestra América está llena de acontecimientos, de tropiezos y avances, luchas y aun hazañas ejemplares. La sola defensa de la soberanía ante las más graves agresiones ha sido fuente de ricas y aleccionadoras experiencias. Pero el hecho central de nuestro tiempo, que condiciona la transformación y explica la problemática actual de nuestra América es el proceso histórico que arranca del advenimiento del capitalismo y que culmina en los triunfos revolucionarios de Cuba y Nicaragua y en las nuevas, más profundas transformaciones que especialmente Cuba ha logrado bajo la democracia popular y el socialismo.

Esto no significa desde luego que el pasado precapitalista y el antecedente colonial carezcan de importancia. De ninguna manera. Si tratáramos de examinar en una perspectiva más amplia el curso de nuestra historia tendríamos obviamente que prestar la mayor atención a tales hechos. Pero aquí sólo pretendemos enmarcar una fase contemporánea que nos ayude a apreciar las más recientes transformaciones y lo que ellas significaron en la lucha por la independencia nacional.

Durante mucho tiempo no se comprendió la importancia decisiva del fenómeno capitalista en nuestra América. La historiografía

burguesa lo excluyó usualmente del escenario latinoamericano, y la ciencia social en boga en los círculos académicos incluso ignoró el carácter de nuestras formaciones sociales y las condiciones en que se desplazaban de una a otra, o sea nada menos que el hecho fundamental del proceso social. En vez de un estudio riguroso y esclarecedor de este proceso, lo que con honrosas excepciones se hizo hasta los años cuarenta fue identificar la sociedad latinoamericana con un régimen "feudal" o "semifeudal", lo que en el mejor de los casos constituía un traslado mecanicista de una etapa de la historia europea a nuestro suelo. En realidad el supuesto carácter feudal de la economía latinoamericana aun en buena parte del siglo XX, más que derivar de la naturaleza de modo de producción dominante era a menudo una manera de subrayar nuestro atraso. Si el capitalismo significaba progreso, independencia, avance tecnológico y altos niveles de ingreso y de vida, y los rasgos dominantes en nuestro panorama social eran el atraso y la pobreza, ello quería decir que tal sociedad, a la que había que caracterizar de algún modo, era "feudal". La izquierda misma y el movimiento obrero no escaparon con frecuencia a tales esquemas y simplificaciones. Y aun a partir del momento en que su análisis incorporó el fenómeno del imperialismo, éste, más que ser visto como una fase del desarrollo capitalista se identificó a menudo con una política que, a manera de variable externa imponía a nuestros países condiciones desfavorables que impedían su progreso y los mantenían en una condición "feudal". Imperialismo y "feudalismo" fueron así durante mucho tiempo, en tal análisis, los términos básicos de la problemática latinoamericana.

En años más recientes, en círculos burgueses se tendió además a sustituir el estudio de la realidad histórica de nuestros paí

ses, ahora por la tesis de origen anglosajón según la cual, al empezar éstos a modernizarse se habían vuelto economías "mixtas" en las que un Estado democrático, neutral y por tanto no comprometido ni menos aún subordinado a los intereses de la clase dominante, se convertía en el eje del proceso y del progreso socioeconómico, así como en el principal defensor de la independencia nacional. De nuevo el capitalismo como modo de producción específico desaparecía de la escena, sin que nadie explicara en realidad cómo había surgido, desenvuéltose y menos aún extinguiéndose en nuestros países, y sin que en tal virtud pudiera comprenderse el papel de tal sistema en la transformación socioeconómica.

El capitalismo latinoamericano se desarrolla en condiciones muy desiguales y desde luego muy diferentes de las que conocieron Inglaterra, otros países europeos y los Estados Unidos y Japón. Desde hace muchos años, sin embargo, es el modo de producción dominante en nuestra América. Y aunque incluso de un país a otro de la región se advierten rasgos propios y diferencias significativas, es indudable que el sistema responde en lo fundamental a leyes históricas que desde luego operan hoy en condiciones distintas de las que se dieron en otros países y otros tiempos.

El capitalismo latinoamericano descansa desde luego en la explotación de la fuerza de trabajo y en la conversión de ésta en la principal mercancía, en la generación de plusvalía y en la acumulación, concentración y centralización del capital en poder sobre todo de las fracciones oligárquicas más poderosas de la burguesía. Pero mientras el capitalismo clásico y aun el que otros países conocieron hasta el advenimiento del imperialismo fue un factor muy importante para hacer posible la independencia nacional, el capitalismo que pa-

decemos en Latinoamérica no sólo no permitió a nuestros países conquistarla sino que los ha mantenido siempre subordinados al imperialismo. Aun los países que desde principios del siglo XIX se constituyen en repúblicas formal o jurídicamente independientes nunca llegan a ser realmente autónomos: de uno a otro modo son siempre víctimas de la dependencia económica, tecnológica, cultural, política y aun militar. Y aunque a menudo se adoptan actitudes nacionalistas que parecen ser la condición de la independencia, en general se trata de un nacionalismo que expresa la ideología dominante, es decir, de un nacionalismo burgués o pequeñoburgués incapaz de superar las limitaciones de la clase en el poder y con mayor razón de oponerse con éxito al imperialismo y abrir el cauce de un desarrollo nacional realmente independiente.

El capitalismo latinoamericano se vuelve en general el modo de producción dominante en vísperas e incluso cuando el capitalismo en los países más desarrollados se ha transformado ya en imperialismo. Este es el hecho decisivo que inserta a nuestros países en el sistema internacional capitalista como piezas estructuralmente subordinadas que al depender de una industria y en general de un capital que empieza a internacionalizarse de prisa, se desarrollarán en forma sumamente desigual, sin base productiva propia suficientemente sólida y con profundas deformaciones estructurales.

En la fase preindustrial del capitalismo latinoamericano se pensaba a menudo que la condición básica de un desarrollo independiente era la industrialización. Mientras nuestros países sean fundamentalmente agrícolas o mineros -tal parecía ser el argumento central- carecerán de verdadera independencia económica; más apenas empiecen a industrializarse las cosas cambiarán. Los hechos sin embargo demostraron lo contrario, y aun los países que en los últimos

cuarenta años lograron mayor desarrollo industrial e incluso aquellos en los que en un momento dado las fuerzas antimperialistas adquieren una fuerza innegable, el capitalismo modificó pero no fue capaz de romper el marco de la dependencia y el subdesarrollo. La llamada industrialización sustitutiva de importaciones permitió producir muchos de lo que antes se adquiría en los países desarrollados, pero trajo consigo una estructura industrial débil, deforme, orientada fundamentalmente hacia el consumo y no a la producción de bienes de producción, artificial, ineficiente y superprotegida, de altos costos y altas ganancias, subordinada en buena parte al capital monopolista extranjero y en la que -aun cuando no sin ciertas contradicciones- éste se relacionaría estrechamente con el capital nacional y con frecuencia con el Estado.

Tal proceso, desde luego, no se desarrolló linealmente ni de manera uniforme. En realidad fue siempre inestable, desigual, sinuoso, contradictorio, sujeto a forcejeos que expresan luchas sociales y políticas de diverso alcance. Y si bien el capitalismo latinoamericano fue incapaz de hacer lo que el europeo o norteamericano habían hecho; si bien bajo él nunca floreció la democracia burguesa, no se rebasó el marco del subdesarrollo ni, como ya vimos, se conquistó el bienestar de las masas ni la plena independencia nacional, se produjeron cambios que sin duda afectan la vida y concretamente la soberanía de nuestros pueblos.

- Las relaciones capitalistas, desde mucho tiempo atrás en proceso de desarrollo, se convierten en un momento dado en el modo de producción dominante en el marco de formaciones sociales en las que entonces y aun después, las relaciones precapitalistas seguirían teniendo cierta significación. Al principio incluso la contradicción capitalismo-precapitalismo ejerce gran influencia, pero pronto es desplazada por el antagonismo propio del nuevo sistema, entre el capital y el trabajo asalariado.
- Las fuerzas productivas crecen anárquica y desigualmente,

en general sin el vigor de otros procesos similares, y dentro del marco del subdesarrollo. La producción, por ejemplo, aun en períodos en que aumenta relativamente de prisa lo hace sobre todo en ciertas actividades agropecuarias o extractivas, en el petróleo, en industrias manufactureras de bienes de consumo o que no son esenciales, y en ramas del comercio y los servicios que dependen principalmente de los capitalistas y en general de las capas de alto ingreso. En conjunto, sin embargo, disminuye la importancia relativa de la producción primaria y aumenta la significación de la industria y el comercio.

- La acumulación de capital tampoco se desenvuelve con la intensidad propia de otros procesos capitalistas. Si bien sobre todo en los países con mayor población y recursos el excedente que resulta de la explotación de la fuerza de trabajo es importante, buena parte de él no se convierte en capital sino que se fuga hacia el exterior extraído por los inversionistas extranjeros o expatriado por la burguesía doméstica, o bien se destina a consumo suntuario y se desperdicia en múltiples gastos improductivos.
- Pese a todo ello cambia la estructura de clases, y aunque el ritmo y las modalidades del proceso varían grandemente de un país a otro, se observan las tendencias siguientes:

Disminuye la importancia relativa del campesinado, una parte del cual se convierte en jornaleros rurales y otra, a veces mayor, en asalariados urbanos. Parte de la pequeña burguesía de las ciudades se integra también al mercado como un nuevo segmento de trabajadores a sueldo, y en el otro polo la burguesía se extiende y su composición interna cambia: ahora es a menudo más urbana que rural, más industrial que agraria, y sus fracciones oligárquicas se sustentan en el capital monopolista.

Este último es un hecho muy importante que afecta a las fuerzas productivas y a las relaciones de producción. Bajo el capitalismo, el capital -o sea la explotación de los trabajadores por los capitalistas- obviamente es la relación de producción dominante. Lo que no es tan obvio es que incluso un relativamente bajo nivel de las fuerzas productivas puede coincidir con relaciones de producción con muy diverso y aun alto grado de desarrollo. En los principales países capitalistas de Latinoamérica el capital dominante es hoy el capital monopolista, y en México y quizá otros países es ya capital monopolista de Estado, pues es éste el que condiciona el proceso de acumulación, define el carácter de la fase actual del sistema y afecta de múltiples maneras el ejercicio de la soberanía.

En efecto, determina que la contradicción principal del sistema, o sea la existente entre los trabajadores y



y los capitalistas sea en parte entre trabajadores nacionales y capitalistas extranjeros. Aun la burguesía y sobre todo la pequeña burguesía y las capas medias urbanas entran en conflicto con el imperialismo, aunque la oligarquía financiera o monopolista tiene a la vez una estrecha relación y una amplia base de acuerdo con el capital extranjero. En un sentido más amplio, la dependencia y la lucha por la independencia expresan una contradicción que involucra en realidad a toda la nación y la enfrenta al imperialismo en un proceso en el que de diversas maneras y con diferente intensidad se dejan sentir los intereses de clase.

En los países más pequeños y con menor desarrollo capitalista, el esquema anterior difiere de la realidad en más de un aspecto. En general podría decirse que en ellos la producción primaria sigue a menudo siendo la principal y la acumulación de capital se orienta sobre todo hacia ella, la población rural es todavía proporcionalmente muy grande así como el peso del campesinado, mientras la clase obrera es pequeña y el sistema funciona con un muy alto nivel de desempleo y subempleo. La burguesía continúa siendo fundamentalmente agrícola y comercial, está muy subordinada al imperialismo, y su aporte a una acumulación autónoma es mínimo, de ahí que este tipo de capitalismo sea particularmente lesivo a la causa de la independencia y la soberanía nacionales.

Bajo el imperialismo no surge ya un capitalismo independiente. Incluso en los países en que se producen cambios más importantes dentro del marco del sistema, la dependencia no sólo no desaparece sino que incluso adquiere un carácter más profundo y propiamente estructural, dejando ver que los países subdesarrollados se integran y funcionan en la estructura internacional del sistema como partes permanentemente subordinadas, y la burguesía de tales países, cuyos intereses en otras condiciones históricas coinciden en general con los de la nación en su conjunto ahora riñen cada vez más con ellos, de ahí que trate de fortalecerse como clase dominante-dominada no a través de la independencia nacional sino, a la inversa, mediante la preservación del capitalismo, y por tanto, de la dependencia y el subdesarrollo.

El nacionalismo burgués, no es capaz, en el marco de un capitalismo subordinado y deforme, de asegurar la independencia y el res-

peto a la soberanía nacionales. Las fracciones liberales de la burguesía y ciertas corrientes pequeñoburguesas pretenden a menudo que su nacionalismo escapa a tales fallas porque es incluso revolucionario y expresa las posiciones democráticas y progresistas de Estados nacionales fuertes, "no capitalistas" y que de hecho rigen el proceso de desarrollo en las nuevas economías "mixtas" de América Latina. Más lo cierto es que así se le llame demagógicamente "revolucionario", tal nacionalismo es hoy fundamentalmente burgués y reaccionario porque concibe al capitalismo como el mejor de los mundos posibles, porque intenta someter a la Nación a los intereses de la clase dominante y considera "antinacional" todo lo que los rebase o riña con ellos, por que pretende que el Estado burgués no tiene contenido de clase sino que es democrático y aun popular, porque disemina y refuerza la ideología burguesa y concretamente el anticomunismo, porque convierte al socialismo en otro "imperialismo", y al amparo de una supuesta "unidad nacional" divide y debilita a las fuerzas antimperialistas.

De los tiempos ya lejanos en que la burguesía reivindicaba los derechos fundamentales del hombre y el derecho de los pueblos a la revolución como inalienables, a la situación de hoy en la que si bien acepta retóricamente que "la soberanía radica en el pueblo", niega en la práctica su ejercicio, responde a las acciones populares más legítimas con la represión y la violencia y convierte el derecho a la revolución en grave delito, hay sin duda una gran diferencia, entre cuyas determinantes históricas juega un papel decisivo el imperialismo.

A menudo sólo se repara en ciertos rasgos y aun en la acción de instrumentos aislados del imperialismo. Hoy día por ejemplo está

de moda identificarlo con las empresas trasnacionales y aun sostener que son éstos el elemento que define el carácter de la fase actual - del proceso capitalista. Y aunque la internacionalización del capital es un hecho de innegable importancia, ni es nuevo ni es suficiente para entender lo que es hoy el imperialismo. Ya Marx y desde luego Lenin lo advirtieron en su tiempo, y lo que fundamentalmente expresa hoy es la cada vez mayor socialización de la producción bajo el capitalismo monopolista de Estado (CME), la que a su vez es sólo uno de los extremos -el otro es la creciente concentración y monopolización del capital- de la contradicción fundamental del capitalismo. O sea que así como en un momento dado el capital se convierte en capital - monopolista, a consecuencia de la crisis general del sistema y a la vez del propósito de contrarrestarla, más tarde éste se transforma en capital monopolista de Estado.

Fidel Castro señalaba recientemente que sin el desarrollo del - CME hubieran sido imposibles muchos de los cambios que hemos presenciado en años recientes. Pero a pesar de ello, de lo que demuestran los hechos y de la importancia de tal categoría para comprender la fase actual del capitalismo y ubicar correctamente al enemigo, abundan hoy quienes sospechosamente intentan despojar al marxismo del leninismo y renuncian en realidad a explicar teóricamente el imperialismo y por tanto a la posibilidad práctica de enfrentarse a él con éxito. Por eso una primera batalla de los intelectuales en la lucha antimperialista oponerse a las posiciones burguesas y revisionistas - que aseguran que el capitalismo de nuestros días es una sociedad "post industrial" en la que ya no domina la burguesía, y en la que a partir del avance técnico, sin necesidad de revoluciones se está acaban

do con la injusticia y la desigualdad social; oponerse a las posiciones que niegan la existencia del imperialismo y del CME o bien afirman que hay dos imperialismos, que aseguran que el socialismo no existe, y que pretenden ignorar la enorme importancia de éste en la lucha antimperialista y por la plena emancipación nacional.

Estas no son cuestiones académicas sino exigencias fundamentales de un examen serio de la realidad y de la lucha política necesaria para defender eficazmente la soberanía de nuestros pueblos. Porque - si el imperialismo es el principal enemigo a combatir, tenemos que empezar por saber en qué consiste, cómo actúa y por qué nos impide ser independientes.

- El imperialismo y específicamente el CME significan la intervención cada vez mayor del Estado en el proceso de acumulación, así como su estrecha relación con los monopolios para preservar el sistema, reproducir las relaciones de explotación capitalistas y servir - principalmente a la oligarquía;

- significan desarrollo e intercambio desiguales, es decir ampliación de la brecha entre los países capitalistas desarrollados y subdesarrollados, y relaciones comerciales inequitativas basadas en la práctica de comprar a estos países barato y venderles caro, conforme a una división internacional del trabajo totalmente desfavorable;

- significan inversiones extranjeras monopolistas que crecen a menudo más de prisa que el capital nacional, que se concentra en los países que ofrecen condiciones más atractivas y en los campos más dinámicos y de mayor importancia estratégica; inversiones que habitualmente extraen de los países en que operan mucho más de lo que dejan en ellos, con los consiguientes desequilibrios comerciales, financie-

ros y desde luego en la estructura productiva; que fomentan toda clase de especulaciones, imponen precios y formas de integración monopolistas que hacen de la inflación un fenómeno crónico, así como técnicas inadecuadas y onerosas que mantienen a los países capitalistas subdesarrollados en condiciones de permanente subordinación;

- significan la explotación irracional de recursos naturales, y lo que es más grave, en escala creciente de mano de obra barata, o sea del recurso productivo fundamental, a menudo sin siquiera respetar los derechos más elementales de los trabajadores, como sucede hoy por ejemplo en las industrias maquiladoras extranjeras que operan en las zonas "libres" de los llamados "nuevos países industriales".

- significan deudas externas enormes cuyo servicio entraña en carga cada vez más pesada, y sometimiento a instituciones internacionales como el FMI, el Banco Mundial y las empresas transnacionales, - cuyo poder les permite controlar materias primas, mercados, tecnologías, recursos financieros y capacidad organizativa con los cuales socavan la soberanía nacional de los países subdesarrollados;

- significan intervenciones ilegales en los asuntos internos de otros países, presiones diplomáticas, apoyo económico, político y acumulador a gobiernos reaccionarios como el de Pinochet en Chile, el de Stroessner en Paraguay, el de Duvalier en Haití, el de Luchas en Guatemala y la Junta genocida en El Salvador, el régimen de los generales uruguayos, los golpistas bolivianos y aun lo que puede del somocismo nicaraguense y de la gusanería expulsada por la revolución cubana;

- significan degradación moral, impulso a la corrupción en todas sus formas, chantaje, parasitismo y privilegios para una minoría y explotación y pobreza para la mayoría de la población del mundo capi

talista, discriminación, propagación del vicio y aun del crimen, - espionaje, atropello a los derechos humanos, acciones terroristas, militarización creciente y subordinación de la ciencia y la técnica al armamentismo, extensión de las "esferas de influencia" y preparación de una guerra nuclear, así como difusión masiva de las mentiras y calumnias de que se nutre la ideología anticomunista, oposición sistemática a los países socialistas -incluso recurriendo una y otra vez a la intervención directa, el bloqueo, la desestabilización y aun el asesinato, y hostilidad manifiesta hacia cualquier movimiento progresista -no digamos revolucionario- que intente la liberación nacional y la transformación social.

Al renunciar el imperialismo a lo mejor de la herencia nacional y universal, al subordinar la ciencia y la técnica a los intereses - del capital monopolista, al impedir el libre ejercicio de los derechos humanos y la libertad de creación intelectual, al oponerse de múltiples maneras a que los pueblos sean realmente independientes y soberanos, al tratar de imponerles valores ajenos que riñen con sus mejores intereses y aspiraciones, al parcelar y desintegrar el conocimiento pese a su esencial unidad, al comercializar la cultura, al romper su continuidad histórica y divorciarla de las fuentes y las fuerzas capaces de impulsar su desarrollo, y al tratar de someterla a una ideología reaccionaria que arbitrariamente pretende detener y desviar el curso de la historia, la cultura en los países dominados por el imperialismo se desenvuelve en condiciones también muy desfavorables, en medio de profundas contradicciones y sin que los pueblos puedan utilizarla plenamente para afirmar su identidad y para conquistar su independencia.

Lo anterior no significa sin embargo que el imperialismo sea

una fuerza que pueda imponer a su antojo todo aquello que sirva a sus intereses. El capitalismo vive hoy una de sus crisis más profundas, una crisis que además de económica es ideológica y política, y que explica la creciente agresividad imperialista. La correlación de fuerzas a escala mundial no es ya favorable al imperialismo. Los pueblos cobran conciencia de sus problemas y de su fuerza, se organizan, se unen y empiezan a escribir ellos mismos su historia. A la Cuba revolucionaria se agregan hoy la nueva Nicaragua sandinista, la heroica Granada, las fuerzas liberadoras de El Salvador y Guatemala. Se abre en nuestra América la perspectiva de las grandes victorias por las que luchara el Comandante Guevara.

Nos enfrentamos a un enemigo en plena descomposición histórica pero todavía poderoso y que a estas horas amenaza a la humanidad con una guerra atómica, lo que sin duda entraña un reto que sería un grave error soslayar y menospreciar. Pero si comprendemos que la batalla contra el imperialismo no tiene un alcance meramente nacional sino internacional e internacionalista que reclama la acción conjunta de los pueblos; si nos decidimos a luchar resueltamente hasta la victoria, y si por encima de nuestras discrepancias y de las que tengamos con otras fuerzas, somos capaces de unirnos, de cerrar filas ante el enemigo común y de convertir lo mejor de nuestra energía en acción, estamos seguros de que lograremos vencer.